

# Diálogo Anual de Políticas 'Rethinking Democracy' organizado por el Club de Madrid

Madrid, 28.10.21

La lucha de nuestro tiempo es entre la democracia y autocracia. Y esta lucha no es precisamente nueva. Yo distinguiría entre un autoritarismo como forma de gobierno y un autoritarismo como “tentación”, que es diferente.

La forma de gobierno autoritaria fue desarrollada por Lenin, en Rusia, a partir de 1917. Lenin puso en práctica sus creencias marxistas en la organización política y social de la Unión Soviética. Es el modelo que utilizan hoy muchos autócratas del mundo, desde Asia hasta América Latina.

El autoritarismo actual como firma del gobierno no es exactamente igual al de Lenin. Por ejemplo, en China, la dictadura blanda no requiere de la violencia masiva para mantenerse en el poder. En Venezuela es el caso diferente, pero todavía no es el modelo político exactamente de la Unión Soviética.

La "Tentación Autoritaria" es una percepción del autoritarismo que es otro fenómeno muy presente en el pensamiento occidental moderno: es la creencia de que los regímenes autoritarios gestionan mejor los problemas políticos, sociales, sanitarios, económicos que las democracias. Lo hemos presenciado durante la pandemia cuando Rusia y China a través de las campañas de desinformación y propaganda han intentado imponerse como mejores gestores de la pandemia que EE. UU. o la Unión Europea.

Antes de la pandemia, no eran pocos los que han admirado el modelo del capitalismo estatal china. China, presume de ser el "milagro económico" más prolongado de la posguerra. De ahí la tentación que sugiere que el capitalismo "guiado" u "organizado" es mucho más exitoso que los desordenados caminos de las democracias. Eso por no citar a los innumerables intelectuales del siglo XX y también del siglo XXI que se rindieron ante los fenómenos totalitarios o autoritarios. Por tanto, la tentación autoritaria es un elemento fijo del pensamiento occidental. Curiosamente, lo sigue siendo incluso después del mal provocado por los totalitarios del siglo XX.

Tanto el modelo político del gobierno de autoritarismo, como la tentación autoritaria son fenómenos presentes durante todo el siglo XX, en Europa, en América Latina y en todas partes del mundo, y siguen siendo presentes y cada vez más crecientes.

Es obvio que el sistema internacional emergente es mucho más complejo que cualquier otro sistema que los países democráticos hayan encontrado hasta ahora. Debemos construir un orden mundial más inclusivo, pero no debemos olvidar que los fundamentos de nuestro orden liberal son los valores y las políticas que han traído la mayor prosperidad

al mundo. Tenemos que dominar la transición de una época en la que todas las opciones parecen abiertas a un periodo en el que tenemos, podemos y debemos hacer mucho más que las democracias iliberales y las autocracias.

Aunque durante muchos años dimos por sentado el triunfo de los sistemas políticos democráticos, aunque nos convencimos de que el éxito del sistema democrático no podía revertirse, ya sabemos que no es así. Aunque desestimamos a los enemigos externos y a los enemigos latentes de la democracia liberal, los Estados de Derecho o del orden liberal, ya sabemos y conocemos que no es así.

Y sabemos también que la credibilidad del proceso democrático y representativo y de las instituciones de las sociedades democráticas se ha erosionado, así como su capacidad para generar prosperidad y crear oportunidades. También conocemos que los partidos populistas han capitalizado sus efectos políticos y electorales.

No se trata de un fenómeno estrictamente europeo o América Latina: puede verse en todo el mundo democrático liberal, sobre todo en los Estados Unidos. Pero el apoyo a las apelaciones populistas a la emoción, la nostalgia y el resentimiento ha sido especialmente acusado en distintas zonas del mundo y ha sido muy acusado en Europa. Y el Brexit es el mayor ejemplo de esas políticas, de ese fracaso y de esos problemas.

Ahora, los enemigos de la democracia son más fuertes que en el pasado porque están uniendo sus esfuerzos contra nosotros. Quizá no todos los movimientos populistas sean iguales, pero los movimientos populistas de extrema izquierda y los movimientos populistas de extrema derecha tienen algo en común que es que detestan y quieren acabar con las democracias liberales, con el orden liberal y con el sistema liberal. Estén donde estén y geográficamente donde se encuentren.

Creo que tenemos que defender cotidianamente la causa de la libertad de sus enemigos externos e internos. Tenemos que ganar la batalla de las ideas. Creo firmemente, en el valor de las ideas. De hecho, creo que las ideas son cada vez más importantes y que al final las grandes batallas que se avecinan serán batallas culturales entre ideas y valores. Mi propuesta es abordar la actual crisis del orden liberal y de la democracia desde una posición liberal y desde la reivindicación de las ideas, los valores y las políticas liberales.

No me cabe duda de que tendremos que afrontarla con claridad moral y responsabilidad. El valor de la libertad, el valor de las instituciones, el valor del Estado de Derecho, la economía libre, la libertad individual, la cooperación internacional, entre otros. Durante la Guerra Fría, la principal virtud política era la perseverancia, ahora la principal virtud política es la claridad moral. La claridad moral implica muchas cosas: tener ideas, tener valores, tener valor, defender las instituciones, respetar el principio de autoridad y asumir responsabilidades.

En este mundo desordenado e inquieto en el que vivimos tenemos que establecer elementos de confianza basados en esos valores, no en dogmas, ni en las ideologías, sino precisamente en la claridad moral.

Quiero reafirmar mi convicción de que debemos no sólo reforzar sino, si es necesario, reconstituir los elementos básicos de nuestras democracias liberales. Reforzar la

democracia liberal es absolutamente esencial. Sus instituciones, su estado de Derecho, el derecho a la alternancia, la convivencia política y social es absolutamente esencial en estos momentos en los que la libertad y la democracia están siendo acosadas.

Y si lo queremos hacer en Europa -y esta es una reflexión estrictamente europea- está claro que los europeos lo tendremos que hacer con los EE. UU., con la relación transatlántica, porque este es nuestro marco “natural”, el que asegura estabilidad, seguridad y de prosperidad para todos.